

CAPÍTULO VIII

Factores ó elementos personales.—El intermediario que transporta convertido en especulador.—Transformación del intermediario y especulador en un tipo sedentario, cuyos factores, dependientes ó corredores continúan la vida nómada.—Con el progreso de las comunicaciones, el hombre que transporta puede hacer vida sedentaria con domicilio fijo, familia y costumbres fijas.—Influencia de las prácticas religiosas, especialmente de la institución del domingo en la vida sedentaria.—Los progresos de las comunicaciones han hecho posible las aspiraciones y el fin altamente civilizador que se proponen las religiones con ciertas prácticas religiosas y en la institución del domingo.—Todas las funciones del comercio son hoy compatibles con la vida sedentaria.—El comerciante por cuenta propia como factor fundamental y el auxiliar.—División del trabajo.—El comerciante que especula y el comerciante que detalla para el consumo.—El industrial que vende lo que elabora y produce, y el comisionista que comercia por cuenta del productor.—Distintas clases de comerciantes y hombres de negocios que comercian.—El comerciante con casa fija, comerciante que transporta la mercancía y va en busca del consumidor, el naviero comerciante que transporta en su buque la mercancía.—El capitán dueño de la mercancía que va con ella en busca de mercado.—Expedición marítima.—Representación de la casa naviera á bordo.

109.—Ya hemos indicado en otra ocasión (párrafo 28), que con el progreso de la vida sedentaria, mientras una parte de la población está fija, otra va y viene y se dedica al transporte; de ahí nace una nueva división establecida en la sociedad, los individuos que viven una vida sedentaria y los que transportan, cuya vida en los comienzos de la civilización y en la auro-
ra del comercio es esencialmente nómada. Estos últimos, intermediarios entre productores y consumidores, toman de los puntos productores la mercancía ó producto que abunda mucho y lo llevan á los centros de población donde escasea, reci-

biendo en cambio otras mercancías ó monedas. A medida que las sociedades adelantan y el comercio se perfecciona, nótase el fenómeno de la transformación de la clase mercantil abandonando los hábitos nómadas que se sustituyen por los sedentarios y diferenciándose las funciones mercantiles, creándose una clase especial mercantil para cada función determinada. Otra particularidad se nota en el periodo embrionario de la vida mercantil y durante las primeras fases de su desenvolvimiento, y es que paulatinamente los que desempeñan las funciones esenciales y fundamentales de la vida mercantil adquieren en seguida carácter sedentario, quedando encargado del transporte, y por consiguiente, con carácter nómada, los encargados de las funciones auxiliares. Siguiendo el progreso del comercio, nótase que aun los auxiliares del comerciante y los encargados de las funciones, por decirlo así, accesorias y suplementarias, cuando tienen cierto grado de importancia adquieren carácter sedentario y dejan por completo la vida nómada.

En los comienzos de la vida mercantil, el intermediario entre productor y consumidor, ó entre el que tiene sobrante de una mercancía y aquel á quien le hace falta, no hace más que transportar, mas no tarda en convertirse en especulador aprovechándose del demérito que produce la abundancia y de la estima en que se tiene á las mercancías allí donde escasean. En los orígenes, la caravana ó la expedición marítima que transporta tiene escaso personal, organización defectuosa y cumple con dificultad su cometido; desconoce los mejores caminos, ignora los usos y costumbres de cada población, las condiciones del mercado, etc.; mas al cabo de algún tiempo, y á consecuencia del aumento del tráfico, son necesarios mayor número de tragineros y dependientes en las caravanas, ó mayor número de tripulantes en las embarcaciones, lo cual permite la división del trabajo en términos que el primitivo traginero se ha convertido en empresario de transportes, é insensiblemente encarga á los subalternos las expediciones, que sin embargo siguen de su cuenta y riesgo. De manera que con el tiempo acaba por ser un porteador que no se mueve jamás de una población. Las grandes empresas de transporte de nuestros tiempos nos demuestran la existencia de lo que venimos di-

ciendo. Mientras los vapores van y vienen, y los trenes recorren líneas que cuentan leguas de extensión, las empresas de ferrocarriles y de líneas de vapores tienen su domicilio fijo en las grandes capitales. Es más, los mismos jefes de expedición, empleados y dependientes, incluso el maquinista y los fogoneeros, pueden hoy prestar su servicio en los trenes á la vez que tener su domicilio fijo en una población, siendo así que en otro tiempo era incompatible la vida sedentaria con el transporte y el comercio de las caravanas y las expediciones marítimas.

110.—El hombre inteligente y que cuenta con algún ahorro, no tarda en comprender que además de transportar y cambiar la mercancía puede especular con ella comprándola por su cuenta en el punto de producción y vendiéndola en el punto de consumo. Como el negocio que hace por cuenta propia es lucrativo, se dedica á él con empeño y abandona el transporte á sus dependientes. Al cabo de algún tiempo establece á uno de ellos en el punto de producción y le encarga el acopio para la compra, y coloca á otro en el punto de consumo para la venta, con lo cual se van estableciendo factorías en distintas plazas. Pronto se fijan en que la plaza productora de productos agrícolas es á la vez consumidora de manufacturas, y á la vez la que produce artículos elaborados; paga á buen precio los productos agrícolas, y entonces se establece una doble corriente de comercio, convirtiéndose los factores en comerciantes, que efectúan los negocios por comisión ó encargo de su antiguo principal. Con el progreso de las comunicaciones, los transportes se verifican más rápidamente, es necesaria menos vigilancia, disminuyen los peligros, y merced á la organización que dan á la empresa de transportes, hasta el último dependiente de ésta hace vida sedentaria con domicilio fijo, costumbres fijas y puede constituir una familia numerosa, lo cual es imposible ó muy difícil con la vida nómada. He aquí por dónde el comercio es causa y efecto á la vez del aumento de población; pues si el aumento de población y la vida sedentaria le hacen crecer, desarrollar y progresar, á la vez el desenvolvimiento del comercio fomentando la vida sedentaria contribuye poderosamente al aumento de población.

Ha favorecido extraordinariamente al comercio y al au-

mento de población la práctica de ciertos preceptos religiosos, así como las reuniones en un día dado para cumplir ciertas prácticas y acudir á las solemnidades contribuyendo á la vida sedentaria. Los progresos del comercio favorecidos por la persistencia y complejidad de las necesidades humanas, y por otra parte el adelanto de la civilización, el refinamiento de las costumbres y el progreso en el orden moral y religioso, han hecho compatibles todas las funciones del comercio con la vida sedentaria.

111.—En los comienzos de la vida mercantil se destacan como dos tipos característicos, con distinta fisonomía, el comerciante por cuenta propia y el auxiliar. El primero es esencialmente sedentario, es el centro de operaciones, la base de la organización comercial; el segundo poco á poco se va diferenciando, diversificando y adaptándose á las condiciones del medio ambiente. El comerciante por cuenta propia puede tener carácter sedentario esperando los pedidos del consumidor, ó puede ser nómada é ir cargado con sus mercancías recorriendo los mercados. Con los progresos del comercio y el aumento de los capitales se van paulatinamente constituyendo y organizando las empresas en gran escala, lo cual da un carácter sedentario más acentuado, y nacen los grandes especuladores, los almacenistas, los acaparadores, los grandes depositarios, los grandes comerciantes.

En un principio el industrial ha de procurar vender su mercancía directamente al consumidor; mas luego, con los progresos de la división del trabajo, un comerciante en grande escala le hace grandes pedidos, y en este caso, el industrial ó el agricultor no ha de cuidar del transporte, ni de las ventas, ni de ninguna operación mercantil, y de esta manera, concretándose cada cual á su peculiar profesión, puede hacer mayores progresos en su esfera.

112.—En la primera época, el comerciante carga con sus mercancías y recorre los puntos que abraza en sus especulaciones; sus almacenes son ambulantes y consisten ora en camellos, ora en una recua, ora, en fin, en una embarcación. De esta manera ejercían el comercio los mercaderes israelitas que compraron á José, así lo practicaron á lo menos en su mayor parte

los cartagineses; y, en fin, de esta suerte se practica aun hoy día, respecto de ciertos artículos, en el centro de naciones civilizadas (1). Empero por la propensión natural hacia la distribución del trabajo, á medida que las artes adelantan no falta quien por separado se encargue del transporte, cuando lo piden la actividad y extensión del comercio. Tenemos entonces un nuevo auxiliar, el *porteador*, ya terrestre, ya marítimo. Por lo regular el comerciante no se separa desde luego de las mercancías, sino que las sigue con la embarcación ó caravana que las transporta, continuando por mucho tiempo con su vida ambulante. Semejante práctica, que aun es general en Oriente, fué bastante común entre los romanos, y posteriormente, en los siglos XIII y XIV, en los pueblos comerciantes del Mediterráneo. Más adelante, creciendo la confianza á consecuencia de la misma práctica del comercio y de las mejoras que va recibiendo la organización social, se fija el comerciante en un lugar determinado, mateniendo desde allí relaciones mercantiles con puntos diversos más ó menos lejanos. Para llenar su objeto en ciertas circunstancias se vale del mismo porteador, al cual además del transporte encarga la venta de los géneros y á veces la compra de otros para el viaje de vuelta, y esta práctica fué muy común en la Edad Media, como lo prueban las diferentes disposiciones de que es objeto en el consulado de Mar, código cuya observancia era entonces general en los pueblos del Mediterráneo. Ahora con el mismo fin, el comerciante manda con las mercancías un encargado especial que debe volver con el producto, lo que solían practicar los romanos valiéndose al efecto de un esclavo y era algo frecuente en Europa antes del siglo XVI, ó bien se vale de un dependiente que mantiene en cada uno de los puntos con los cuales el tráfico es más activo, dependiente conocido con la denominación de factor y con la de factoría el establecimiento ó casa de comercio que dirige. El mismo nombre de factor se aplica también al encargado de una sola expedición que va al lado de la mercancía, ya

(1) Martí de Eixalá y Durán y Bas, *Instituciones de Derecho mercantil*, edición citada, pág. 25; Heeren, *Historia de la política y comercio de los pueblos de la antigüedad*, citada por los anteriores.

sea para venderla, ya vuelva del país donde se le mandó para comprarla. Los factores permanentes eran ya conocidos de los antiguos, especialmente por lo que toca al comercio interior y á las colonias (1).

Otro medio existe aun más sencillo—dicen los Sres. Martí de Eixalá y Durán y Bas—y económico que los anteriores, y consiste en dirigirse á un comerciante de la plaza con la que se comercia para que se encargue de vender las mercancías que se le remiten, ó de comprar ciertos productos que se le designan, ó de una y otra operación á la vez. Empero esta persona conocida con el nombre de comisionista, semejante auxiliar no cabía entonces como ahora, siendo necesario un conjunto de circunstancias que no han concurrido hasta los últimos siglos (2). Por efecto de los progresos del comercio y de la división del trabajo no tardó en aparecer el banquero ó especulador en valores y en dinero. Hoy es indudable que los asirios y babilonios conocían los banqueros (3) como se desprende de lo que tenemos dicho anteriormente; en Grecia la banca estaba muy extendida (4). En Roma eran conocidos con la denominación de *argentarii mensei exercitores*, y con el de *argentarii*, los cuales no sólo daban y tomaban prestado, si que verificaban cobros y pagos por cuenta de particulares, apuntando en su libro *kalendarium* las operaciones, aunque no creemos apareciese en él cuenta corriente alguna, pues del contexto de la Novela ó Nueva Constitución CXXXVI, *De argentariorum contractibus*, no se desprende que los banqueros llevaran cuentas corrientes, sino que sus títulos de crédito son documentos firmados por el deudor á usanza de los antiguos banqueros, los cuales coleccionaban las letras y demás documentos de giro hasta el día del vencimiento para hacerlos efectivos, fiando á la memoria, todo lo más á un índice, la indicación de sus deudores, sin que conste

(1) Martí de Eixalá y Durán y Bas, *Instituciones de Derecho mercantil*, edición citada, páginas 26 y 27, texto y notas.

(2) Martí de Eixalá y Durán y Bas, ob. cit., pág. 28.

(3) Véanse los párrafos núms. 36, 100 y otros de esta obra, y nota del párrafo 93.

(4) Véase Boeckh, *Economie politique des Athéniens*, Paris, Santelet, 1828, tomo I.

la existencia de un libro de cuentas corrientes. El *kalendarium*, como su nombre indica, era una especie de Dietario del cual nació en contabilidad el libro Diario, en donde se anotaban principalmente los intereses á vencer (1). El uso de un libro Mayor ó de cuentas corrientes es de una época muy posterior, como se ha indicado en los capítulos anteriores.

113.—La función que hoy desempeñan los Bancos estuvo en la antigüedad á cargo de negociantes y especuladores que no gozaron de gran estima en un principio, pero cuyas quejas y razones fueron atendidas por los legisladores, como lo demuestra el texto de las Novelas del emperador Justiniano. El cambio de monedas extranjeras fué en la Edad Antigua y Media operación reservada á los banqueros, que por añadidura recibían cantidades en depósito y obtenían ganancias á medida usurarias en el manejo de su capital ó de los fondos ajenos. Los banqueros atenienses practicaron el descuento como nuestros Bancos, y los romanos hacían uso frecuente de la transferencia de créditos y deudas, anticipándose, bien que en modesta esfera, á lo que hoy hacen las grandes asociaciones de compensación llamadas Clearing House (2).

114.—Un comerciante llama la atención por los capitales de que dispone; naturalmente acuden á él otros comerciantes para salir de sus apuros ó ensanchar el círculo de sus operaciones, así como el monarca que emprende una guerra, el artesano y el propietario. El mismo comerciante por lo cuantioso de sus caudales y el acierto en sus operaciones inspira confianza á los que, hallándose con ahorros, no están en el caso de hacerlos producir por sí mismos (3); estos ahorros entran en la caja del comerciante pagando por ellos un interés á los prestamistas, y por las mismas causas van acumulándose en una persona los depósitos de numerario y objetos preciosos. Las que al princi-

(1) Véase Carlos Maynz, *Curso de Derecho romano*, traducción española de Pou y Ordinas, tomo II, pág. 60, nota 14.

(2) Véase el § 41 y nota, y Stanley Jevons, *La moneda y el mecanismo del cambio*, de que se da cuenta en la misma.

(3) Véase lo que hemos dicho más arriba de Lombard Street. Acerca los mercados financieros en 1889 puede consultarse el artículo que con este nombre se ha publicado en el *Journal des Economistes*, número de Febrero de 1890.

pio eran operaciones accidentales, vinieron á formar la ocupación y negocio exclusivo de ciertas personas conocidas entonces con los nombres de *tubularii*, *nummularii*, *campsores* y *cambiadores*, pues que una de sus principales especulaciones consistía en el cambio de moneda (1). Los *argentarii* de los romanos y los *nummularii* de la Edad Media pueden ser considerados ya como comerciantes, ya como agentes ó auxiliares, correspondiente á la primera clase si únicamente se atiende á que ellos adquirirían una mercancía para expenderla; empero si se tiene en cuenta el carácter de esta mercancía, cuya circulación no es el fin del comercio y si sólo un medio, podrá tal vez clasificárseles de auxiliares (2). Ya tienen distinto carácter los Bancos, institución mercantil constituida al amparo de la ley, cuya organización la ley regula y cuya naturaleza explicaremos más adelante, de cuya institución indudablemente somos deudores á la inmortal Venecia (3), bien que podemos considerar había precedentes en el antiguo Egipto (4).

Poco á poco el prestamista asirio y caldeo, que por especulación eventual dejaba dinero á un interés exorbitante al comerciante y al propietario, fundó su condición y su manera de vivir en prestar lingotes de plata al peso, dinero de aquel entonces, pues que no era conocida la moneda como ha demostrado

(1) Martí de Eixalá y Durán y Bas, *Instituciones de Derecho mercantil*, edición citada, pág. 31.

(2) Martí de Eixalá y Durán y Bas, obra citada, pág. 32.

(3) El Banco de Venecia se fundó en 1157, no en 1171 como suponen muchos. A mediados del siglo XIV se dió al Banco ó Bancos de Venecia una organización completamente moderna. Véase Lattes, *La libertà delle banche á Venezia del secolo XIII al secolo XVII*, secondo i documenti inediti del R. Archivio dei Frari, con due orazioni contro é per la libertà é pluralità delle banche, pronunciati negli anni 1584-87 del Senatore Veneziano Tomaso Contarini, *Riarche Storiche*, Milano, 1870, y Molmenti, *La vie privée á Venise*, pág. 170, nota. Acerca los Bancos de Barcelona, en especial de la *taula de cambi*, y otros establecimientos de otros puntos que siguieron al de Venecia, véanse artículos *Banco y Billetes*, pág. 534 y siguientes del *Diccionario general de Política y Administración*, de Suárez Inclán; Madrid, 1868.

(4) Los bienes de los difuntos en el antiguo Egipto, especialmente cuando eran litigiosos ó sujetos á controversia, depositábanse en una especie de caja de depósitos y consignaciones con carácter oficial. Véase Félix Robiou, *Mémoire sur l'Economie politique, l'administration et la législation de l'Egypte au temps des lagides*, Paris, imp. nat., 1875, pág. 238.

Lenormant, é insensiblemente el prestamista se convirtió en banquero que admitía depósitos, hacía préstamos con ó sin garantía, y daba letras sobre varias plazas. Desde entonces hasta la fecha la banca ha ido mejorando, diferenciando sus operaciones y transformándose según las necesidades del comercio (1).

115.—En el primer período de la vida mercantil el comerciante sigue á la mercancía, y algún tiempo después algunos de los que abrazan distintas especulaciones encomiendan la venta ó la compra á factores ambulantes, ó establecen factores fijos. Con los progresos de la industria, los adelantos de la navegación y la extensión del comercio se tocaron más cada día las dificultades que ofrecía tener un factor en cada plaza. El siste-

(1) Para el estudio de las relaciones de la vida civil y comercial de los pueblos de la Asiria y la Caldea, puede consultarse la obra denominada *Documents juridiques de la Assyrie et de la Chaldée*, par M. J. Oppert y J. Menaut; Paris, Maissonneuve, 1877. Con la lectura de las interesantes inscripciones que esta obra contiene puede uno formarse idea del grado de adelanto jurídico y económico de aquella época. La clase de hombres de negocios que los autores de dicha obra traducen por *mercator* estaba muy extendida, mereciendo distintos calificativos en las inscripciones asirias (*magnus*, *parvus*, *debitis*, *vacillans*, *potens*, *firmus*, *bonus*, *existens*, *deficiens*). Las obligaciones mercantiles, especialmente las que nacían de un contrato de cambio, denominábanse *si-par-tu*. (Véase la obra citada y F. Lenormant, *La moneda en la antigüedad*, citada al tratar del cambio.) Los asirios tenían muy reguladas las relaciones jurídicas que nacían de la posesión (á la que llamaban, me parece, *su-ti-a-ne-no-ku*), de la compraventa, del depósito, del arriendo de campos, aguas de los ríos y casas, y del préstamo. Estaba muy extendido el préstamo con garantía y en especial con hipoteca de inmuebles: *bit-bu-hi* (*Domus hypothecæ*); *bit-a-na-bu-hi-su* (*Domus ad hypothecam suam*). La autoridad presidía todos los actos de la vida económica; así el ministro del trigo es *Ni-su-se*, y el ministro de los metales preciosos *Ni-su-ku* (*Elitu*). Llamábase *Ni-su-sarib-sub-sab-panya*, el que certifica ó da fe de los pagos, y *Ni-su-sa-di-kana-a-ti*, el que vigila en los mercados. El gran número de obligaciones y documentos de crédito que se encuentran en las excavaciones y ruinas hace creer que esta institución había tomado allí gran incremento, constituyendo una verdadera clase los prestamistas. Los intereses eran altísimos y en la mayoría de los casos llegaban á un 25 por 100. Se han encontrado muchos documentos por el estilo del que sigue:

«Veinte minas y media de plata al curso de la ciudad Carchemira ó Carchemisa forman el importe del crédito de Zazi sur Salmusar-Bappu-Assur-Mutakkil-Sar-Kakkiya, que le ha dado en préstamo.

»El interés podrá ascender al triple de la suma» (siguen los nombres de los testigos). Véase Oppert y Menaut, *Documents juridiques*, pág. 163.

ma de los factores ambulantes era costoso y había que cargar sobremanera el precio de las mercancías, mayormente cuando las expediciones no importaran sumas considerables; por otra parte, el medio de las encomiendas ofrecía á cada paso doble inconveniente, el de la falta de inteligencia del encomendero, y no poder escoger la ocasión oportuna tanto para vender como para comprar. Se hacía, pues, indispensable que el comerciante se entendiera con el comerciante, que el uno desempeñara el negocio del otro por una corta retribución (1). No obstante, es menester que la confianza llegue á un grado muy subido para que un comerciante de Génova, por ejemplo, se resuelva á encargarse á otro establecido en Brujas la venta de los géneros que manda á esta plaza ó la compra de los que desea se le remitan. Para que ésta confianza exista, dicen los Sres. Martí de Eixalá y Durán y Bas, es preciso: primero, que no sea obstáculo para obtener justicia tener que recurrir á una jurisdicción extraña; segundo, que haya agentes diplomáticos permanentes para hacer respetar los principios del Derecho internacional, sin necesidad de emplear costosos emisarios, ó cuando menos que la comunicación por medio de Enviados diplomáticos empiece á ser frecuente entre los diferentes Estados, lo que no sucede, según dichos autores, hasta entrado el siglo XVI; y tercero, que la dilatada práctica del comercio dé á conocer que la actividad, probidad é inteligencia equivalen á cuantiosos capitales; y por fin, que los medios de comunicación y publicidad sean tales que el comercio pueda venir en conocimiento á cada instante del alta y baja que experimenta el crédito de los que lo ejercen, aunque establecidos á distancias considerables unos de otros. Cuando se obtiene el concurso de tales circunstancias desaparece poco á poco la práctica costosa de mandar un comisionado con cada cargamento; el uso de los factores se concreta á las plazas extranjeras ó nacionales con las que el comerciante está en relación continua, y para las demás se vale de otros comerciantes establecidos en ellas, comerciantes que, considerados bajo este aspecto, son meros auxiliares, conocidos

(3) Martí de Eixalá y Durán y Bas, ob. cit., págs. 40 y siguientes.

bajo el nombre de comisionistas (1). Los Sres. Martí de Eixalá y Durán y Bas suponen que á fines del siglo xv no eran aún conocidos estos agentes, porque los documentos de aquella época suponen que el comercio se ejercía por medio de factores ambulantes y factorías, no hallándose la institución con todas sus bases hasta el siglo xvii en que las prácticas del comercio habían determinado con bastante proligidad las obligaciones de los comisionistas, lo que manifiesta que desde mucho tiempo el comercio se valía de ellos, siendo probable que comenzarian á generalizarse en el siglo xvi por las grandes escalas mercantiles; pero nosotros creemos, como Pardessus, que ya en la antigua Grecia se verificaba el comercio por medio de comisionistas, y sobre todo en la antigua Roma, pues así lo hace creer el contexto de las disposiciones insertas en el *Corpus juris civilis*, especialmente las que regulan la *locatio conductio* y el *mandatum*.

116.—El *corredor* (y esta palabra ya indica su naturaleza movable y en cierto modo nómada de este auxiliar del comercio) es un medianero que tiene la misión de relacionar entre sí á los comerciantes, facilitar las transacciones y en cierto modo certificar y atestiguar las condiciones y circunstancias de las transacciones mercantiles. Jules Fabre (2) dice que es el intermediario encargado de crear, facilitar y sostener las relaciones de los hombres de negocios, especialmente entre los que compran y venden. Los Sres. Martí de Eixalá y Durán y Bas (3) entienden que su única ocupación es recibir de cada comerciante las indicaciones acerca de los géneros de que desea

(1) Martí de Eixalá y Durán y Bas, ob. cit., pág. 42.

(2) *Des courtiers*, par Jules Fabre; Paris, Ernest Thorin, 1882, dos tomos. En Lenormant (*Grande Grece, Paysages et histoire*, Paris, 1881, tomo I) se habla del *role de constiers des Chalcidiens*.

(3) *Instituciones de Derecho mercantil*, edición citada, pág. 50. Pueden consultarse además de la extensa obra de Jules Fabre que tan detenida y extensamente se ocupa de los corredores de seguros marítimos, intérpretes de navío, corredores jurados cerca del Tribunal de Comercio y corredores libres, los trabajos de Durand de Saint Amand (*Manuel des courtiers de commerce*, 1845); M. Mollot (*Les Bourses de commerce, les agents de change et les courtiers*, 1853), y *Nouveau Manuel des courtiers de commerce*, 1853, publicado por la Cámara Sindical de corredores de la Bolsa de París.

proveerse, de los que quiere vender ó permutar, ó tocante á fletamentos, cambios, seguros, etc., pueda fácilmente acercar y poner de acuerdo á los que se buscan recíprocamente, y que tal vez en la lonja misma no se encontrarían por ignorar el uno los cálculos ó intenciones del otro. El origen de los corredores se confunde en el pasado con el origen mismo del comercio (1). Los pueblos de la más remota antigüedad se valían de corredores (2). En Roma los predecesores de los actuales corredores llamábanse *proxenetae* (3). En los comienzos de la Edad Media con los títulos de *coraterii*, *coratearii*, *courratarii*, y en los orígenes de la lengua francesa eran designados estos intermediarios, cuyo nombre se transformó en el actual moderno de *courtier*, *corredor*, etc. (4). En la época de las Cruzadas y bajo la influencia del gran movimiento que ellas produjeron, los corredores adquirieron verdadera importancia (5), y fué necesario, para evitar abusos y que se aprovecharan los que desempeñaban tales cargos del monopolio y ventaja que les proporcionaba estar en los secretos de los comerciantes, que se reglamentase esta profesión (6), habiendo prohibido los Estatutos de Avignón en 1243 que hiciesen operaciones por su cuenta (7). Varias han sido las vicisitudes de este auxiliar del comercio cuya influencia se ha hecho notar en las grandes plazas mercantiles del Norte, especialmente en Hamburgo; con los progresos del comercio se ha notado la división del trabajo en los corredores; así se conocen corredores de granos, de algodón, de

(1) Fabre, *Des courtiers*, pág. 2.

(2) En Felix Robion, *Memoire sur l'economie politique, l'administration et la legislation de l'Egypte au temps des lagides*, Paris, Imp. nat., 1875, se lee: «Les sabeens et les gerrhéens reglèrent tous les interets entre l'Asie et l'Europe: cest-e-dire servaint d'entrepouseurs et de courtiers au commerce que les grées faisaient avec l'Inde par la mer Rouge,» pág. 144.

(3) Jules Fabre, obra citada, pág. 2, y Maynz, *Curso de Derecho romano*, edición española, tomo II, pág. 275, nota 25.

(4) Littré, *Diccionario de la lengua francesa*; Jules Fabre, obra citada, página 2.

(5) Jules Fabre, obra citada, pág. 3.

(6) Martí de Eixalá y Durán y Bas, *Instituciones de Derecho mercantil*, página 51 y notas.

(7) Bivort y Turlin, *Courtages des marchandises*, pág. 6; Jules Fabre, obra citada.

metales preciosos, de joyas, de artículos coloniales, de fletamentos de buques, de valores y efectos públicos, de seguros y hasta de servicios personales. Organizados y constituidos en colegios han venido á realizar las funciones de Escribanos de comercio, dando fe de los términos y condiciones de los contratos y quedándose en los archivos de sus gremios y asociaciones notas de los precios de las mercancías y de los tipos de cotizaciones de los valores.

117.—En los comienzos del comercio cada buque debió ser en cierto modo una casa de comercio, yendo á bordo el dueño del buque y de la mercancía, quien muchas veces era el mismo capitán. Con los progresos del comercio y de la navegación fueron constituyéndose casas navieras y tuvieron participación en las empresas marítimas, no ya los tripulantes, sino hombres de negocios establecidos en sitio fijo y que no navegaban. Desde antigua fecha, en Suecia, Noruega y Dinamarca, individuos de todas clases sociales interesan en la propiedad del buque y en la expedición marítima, constituyendo una especie de sociedad accidental por acciones, de la que es gerente el capitán del buque. Con la diferenciación y división del trabajo y los progresos de la navegación se separan las atribuciones, siendo el capitán del buque quien gobierna y manda á la tripulación, la cual con su jefe el capitán viene á ser el elemento *marino* y un encargado especial que unas veces representa la masa de interesados en la propiedad del buque, ó es el naviero en persona dueño de toda la embarcación, ó un administrador de los intereses en el fondo expedicional (mercancías y dinero para habilitar el buque) quien constituye, por decirlo así, el elemento *comercial*. Insensiblemente la *casa de comercio flotante* fué convirtiéndose en una *factoría flotante*, quedando, por decirlo así, en tierra las casas navieras y los interesados en la expedición, mientras que el capitán y el sobrecargo no se separan del buque. Todavía representa un paso importante hacia el carácter sedentario del comercio la desaparición del sobrecargo y del antiguo Escribano que en las expediciones de otros tiempos iba á bordo, siendo en la actualidad el capitán y la tripulación meros conductores del buque, y girando la expedición marítima bajo las órdenes de casas na-

vieras con domicilio fijo, que arriendan sus naves por un flete que se estipula con los comerciantes cargadores.

En la costa de Levante de España, especialmente en Cataluña, existían ciertas instituciones y costumbres por las que se constituyeron gran número de factorías flotantes de que más adelante nos ocuparemos, que han abierto grandes mercados á la producción española y que han contribuido á sostener, quizás más que otro esfuerzo alguno, las relaciones entre España y sus antiguas posesiones, hoy las Repúblicas de Centro y Sud de América (1).

El capitán del buque en la antigua navegación catalana era dueño ó representante ó factor de los dueños de la mercancía é iba en busca de mercado, llevando á veces otras en representación de la casa naviera, todo lo cual casi puede decirse que ha desaparecido con el incremento de la marina de vapor, varias disposiciones emanadas de los gobiernos, el establecimiento de líneas de vapores subvencionados y la transformación que por diversas causas ha sufrido en todo el mundo la marina mercante.

(1) Véase *Costumbres marítimas de la costa de Cataluña. Ensayo sobre los contratos conocidos con el nombre de mota, participación en madera y relaciones jurídicas á que dan lugar*, por D. Pedro Estasén; Barcelona 1880.